

Tom Wright

Judas y el evangelio de Jesús

El Judas de la fe
y el Iscariote de la historia

Desclée De Brouwer

Índice

Prefacio	11
1. ¿Se trata realmente de un nuevo evangelio?	17
2. El gnosticismo del siglo II	29
3. El Judas de la fe y el Iscariote de la historia	41
4. ¿Cuándo un evangelio no es un evangelio?	59
5. ¿Señor del mundo o prófugo del mundo?	81
6. En torno a Judas: el nuevo mito de los orígenes del cristianismo	103
7. El reto de "Judas" en el momento actual	129

Prefacio

El viernes 7 de abril del 2006 inicié un viaje de 40 horas de duración desde Cairns, al noreste de Australia, de vuelta a mi hogar al norte de Inglaterra. Había estado dando una serie de conferencias a lo largo de tres semanas y disfrutando de unas vacaciones de tres días. Ahora estaba regresando para retomar mis obligaciones en la diócesis de Durham, obligaciones que comenzaban con el Domingo de Ramos y seguían con la Semana Santa y el Viernes Santo hasta culminar en el Domingo de Pascua.

El primer periódico que tuve ocasión de ver una vez de vuelta en Inglaterra mencionaba dos libros que se publicaban aquel mismo viernes. Los libros tenían que ver con un antiguo documento llamado “El Evangelio de Judas”, que al parecer había sido descubierto muy recientemente y ahora era del dominio público. Mi primera reacción, lo reconozco –indudablemente provocada por el desfase horario debido al largo viaje en avión [*jet-lag*], junto con la sensación de un millón de cosas urgentes que me estaban esperando– fue la de pensar: “¡Otro evangelio más no, por favor!” Me imaginaba todo el cuadro desplegándose delante de mis ojos: los periódicos y las emisoras de radio en pleno alboroto (“Un nuevo descubrimiento pone en entredicho al cristianismo tradicional”); eruditos norteamericanos conmovidos declarando que este

nuevo hallazgo, en un sentido absolutamente real, nos obligaría a abordar valientemente cuestiones que la Iglesia había tratado de encubrir; la confusión generalizada entre el gran público (“¿Pero los manuscritos del mar Rojo no habían demostrado que todo eso era falso?”); y, por encima de todo, una distracción respecto de los verdaderos cometidos que tiene que afrontar la Iglesia a comienzos del siglo XXI. Albergué la esperanza, tengo que admitirlo, de que el documento resultara ser o bien una falsificación o bien algo tan intrascendente y falto de interés que no fuera a darme demasiadas molestias.

Ninguna de las dos opciones demostró ser cierta. Una vez nuevamente en la mesa del despacho, comenzó a sonar el teléfono. Un elemento cómico: hice el intento de encargar el recientemente publicado “Evangelio de Judas”, con el resultado de que la librería de mi localidad me envió una novela del mismo título (*El Evangelio de Judas* de Simon Mawer, Londres, Abacus, 2000), la cual, al igual que hacen otras muchas, explota la emoción, casi se podría decir la paranoia, de que cierto día alguien lograra sacar a la luz un documento que tambalease los cimientos del cristianismo tal y como lo conocemos. (En la novela de Mawer, el documento resulta ser un relato testimonial que hace Judas ya no sólo de la crucifixión, sino también de la corrupción del cuerpo de Jesucristo... en otras palabras: nada de resurrección, nada de fe cristiana). Lo intenté nuevamente por la red y esta vez sí me llegó: *El Evangelio de Judas*, editado por Rodolphe Kasser, Marvin Meyer y Gregor Wurst, con comentarios adicionales de Bart Ehrman. También pude acceder al prodigiosamente vívido y folletinesco relato de cómo el manuscrito original, descubierto en los años 70 del pasado siglo, fue llevado y traído de acá para allá en busca de un comprador, resultando bastante gravemente deteriorado durante el proceso, antes de llegar finalmente casi 30 años después a la mesa

de despacho de alguien que estaba en condiciones de recomponerlo y traducirlo (Herbert Krosney, *El evangelio perdido: La búsqueda del Evangelio de Judas Iscariote*). Ambos libros han sido publicados por National Geographic (Washington), responsable igualmente de un documental televisivo con los mismos participantes, que transmitía la clara sensación de que el antiguo gnosticismo ya no sólo es un fascinante objeto de estudio para los historiadores, sino también una opción apasionante a la que decididamente necesitamos volver en el día de hoy.

Sea como fuere, el documento en cuestión, el manuscrito que ocupa el centro de todo este revuelo, parece ser auténtico. Autoridades de primera línea en diferentes ámbitos, incluida la datación con la prueba del carbono, han declarado que se trata de un manuscrito auténtico del Egipto del siglo III o IV. Y tampoco es un texto intrascendente ni está falto de interés. Es más, los comentarios de sus primeros editores, particularmente los de Meyer y Ehrman, son de un interés enorme, dado que precisamente ponen de relieve el mencionado anhelo de encontrar nuevas pruebas que pudieran contradecir el cristianismo clásico, lo cual se ha acabado por convertir en un rasgo característico de la vida estadounidense durante las últimas décadas. Pero la pregunta con la que yo particularmente me quedo es la siguiente: ¿Finalmente el “Evangelio de Judas” no le habrá hecho a todo este movimiento, a todo este moderno entusiasmo por retomar el contacto con el antiguo gnosticismo, lo mismo que según la tradición el propio Judas le hizo a su maestro? ¿Ha desvelado tal vez este extraordinario y novedoso documento, de una forma más clara que los otros escritos similares que ya conocíamos, qué era aquello en lo que los primeros “gnósticos” creían –y por qué razón algunos de los más grandes autores del cristianismo primitivo rechazaron tan apasionadamente su mensaje alternativo? ¿Nos permite ello ver, con más claridad

de lo que lo hayamos hecho anteriormente, hacia dónde tendían las directrices políticas, además de teológicas, del siglo II? Pienso que sí. Esta convicción ha ido creciendo en mí a medida que he ido estudiando el documento y lo que se había escrito acerca del mismo.

Así pues, escribo este librito con objeto de poder hacer tres puntualizaciones. Primero, este nuevo “Evangelio de Judas”, sin dejar de ser un hallazgo arqueológico sumamente interesante, no nos dice nada del Jesucristo real, como tampoco del Judas real. En particular, (por contraste con lo que algunas personas han proclamado) no “rehabilita” a Judas en relación con las acusaciones vertidas contra él ya sea en el Nuevo Testamento o bien en la utilización antijudía que se hizo de la tradición de Judas a lo largo de la Edad Media. Segundo, el entusiasmo por este nuevo “Evangelio” deja al descubierto la verdadera cuestión que viene impulsando tanto lo que podríamos llamar la “búsqueda de un Jesús alternativo” por parte de los eruditos, como el ansia por parte del gran público de información sensacionalista de características tales como las que podemos encontrar en libros como *El código Da Vinci* de Dan Brown.¹ Tercero, la enseñanza específica del “Evangelio de Judas” sirve únicamente para poner de relieve determinados rasgos propios del cristianismo del siglo I que precisan de un tratamiento más profundo del que a veces reciben. Al juntar todos estos aspectos, resulta que la publicación de este hallazgo, transcurridos más de 1.500 años desde que fuera escrito, desvela, de una forma más notable de lo que jamás lo haya hecho antes, el ocaso de la cosmovisión de la que dejaba constancia y, por con-

1. Sobre *The Da Vinci Code* [El código Da Vinci], Nueva York, Doubleday, 2003, véase mi breve trabajo *Decoding Da Vinci* [Da Vinci descifrado], Cambridge, Grove, 2006.

traste, la irresistible y atractiva naturaleza (no de la mayor parte del moderno cristianismo occidental, podríamos afirmar, cuanto) de la verdadera fe cristiana que aparece claramente expresada en el Nuevo Testamento, la fe por la que padecieron y murieron quienes se opusieron a los gnósticos del siglo II.

En un esfuerzo por exponer el texto principal tan claro y ordenado como ello fuera posible, he optado por incluir las oportunas referencias a la labor relevante de los eruditos y demás en las distintas notas al pie de página.

Les estoy muy reconocido a Richard Bauckham, Richard Hays, Peter Head y Peter Rodgers, quienes comentaron el primer borrador de este trabajo prácticamente sin demora al tiempo que me ayudaron a pulirlo. Ninguno de ellos, obviamente, es responsable de mis errores, pero les estoy muy agradecido tanto por su sabiduría como por su aliento. Mi más cálida gratitud, también, para Simon Kingston, Joanna Moriarty y el entrañable personal de SPCK*. Este es el trigésimo tercero de mis libros que se han decidido a publicar a lo largo de los últimos 15 años, y continúan haciendo una gran labor. Finalmente, el Dr. Nicholas Perrin leyó el primer borrador y me permitió beneficiarme enormemente de su pericia en el ámbito del gnosticismo del siglo II de nuestra era. Nick me prestó sus servicios como ayudante de investigación del 2000 al 2003 y le dedico este librito como muestra tardía de gratitud y de mi constante aprecio.

Tom Wright

* *N. del T.: Society for Promoting Christian Knowledge*, “Sociedad para el Fomento del Conocimiento Cristiano”, la editorial británica responsable de la publicación del original inglés.

1

¿Se trata realmente de un nuevo evangelio?

Como especialista en historia antigua, me siento continuamente frustrado por el escaso material de que disponemos. Algunos de los mayores autores de la antigüedad sobreviven únicamente a través de fragmentos dispersos. Ni tan siquiera el magistral historiador de la Roma del siglo I, Tácito, nos ha llegado completo. Algunos de los escritos más importantes de Cicerón sólo se conservan en parte; otros se han perdido en su totalidad.

Mi hijo mayor, que es especialista en historia moderna, tiene exactamente el problema opuesto. Existen bibliotecas y archivos a rebosar repartidos por todo el mundo, llenos ya no únicamente de libros, sino de artículos, folletos y toda clase de utensilios que en principio pueden arrojar luz sobre los dos últimos siglos de la historia de Europa. Le envidio. Soy de esas personas (la generación actual podría tildarnos de “aburridos”) que se sienten desoladas cuando piensan en el incendio de las antiguas bibliotecas de Alejandría y de Constantinopla.

Por esta razón, me alegro de la aparición de cualquier fragmento del mundo antiguo que recuperan los arqueólogos. Me sobresalto cada vez que tengo ocasión de visitar los yacimientos romanos del norte de África y descubro maravillosas piedras labradas, a menudo acompañadas de ricas inscripciones, dispersas por la

hierba. (No cabe la menor duda, pensará para sus adentros el inglés metódico, de que deberían ser catalogadas y trasladadas a un museo). Me siento contrariado al contemplar el gran montículo donde un terremoto acontecido en el siglo I sepultó la ciudad de Colosas en la Turquía occidental. (¿Por qué no aúnan sus esfuerzos los arqueólogos y persuaden al gobierno turco para que les permitan realizar las oportunas excavaciones?). Nosotros los historiadores estamos ávidos de encontrar cualquier moneda, cualquier fragmento de pergamino, cualquier trozo de piedra labrada que presumiblemente pudiera arrojar alguna luz sobre la historia del mundo antiguo, fascinante pero decepcionantemente incompleta.

La publicación de un nuevo fragmento de evidencia siempre es, por lo tanto, un motivo de celebración. La evidencia es la evidencia. Lo que podamos hacer con ella es otra cosa, como tendremos ocasión de ver; pero el hecho de que un documento salga a la luz de entre las brumas de la historia conlleva el mismo tipo de estremecimiento que un misterioso extraño que llegara a nuestra puerta con una carta inesperada y al parecer importante. Nos sentimos instintivamente, y con razón, ansiosos por saber en qué puede consistir esta nueva evidencia, de dónde procede y cómo hemos de interpretarla.

Esta es la actitud más correcta a la hora de abordar el “Evangélio de Judas”. Antes de que este sorprendente documento saliera a la luz, tan sólo conocíamos el texto a través de algunas referencias que se hacían al mismo en los primeros escritos cristianos. Ahora lo tenemos delante, al menos en una de sus versiones (tal vez haya otras, no podemos afirmarlo con seguridad), y podemos ver a qué se referían aquellos primeros cristianos. Son buenas noticias para los historiadores.